

En defensa de Abamia

Enrique Gracia Trinidad

A lo mejor sólo soy un visitante. Pero uno que, año tras año, desde 1999, se ha sentado multitud de veces a la sombra de los tejos de Santa Eulalia de Abamia, en Corao, a leer, a escribir, a pensar: es algo más que un turista.

Si añadimos que en mi libro «Sin noticias de Gato de Ursaria» (premio «Emilio Alarcos» 2004, en Asturias) incluí un poema titulado «A la sombra del tejo de Abamia», en el que manifiesto abiertamente mi amor por ese lugar tan especial, el visitante empieza a ser un asturiano más, si no de nacimiento, de adopción. Así me considero.

Este verano de 2007, en mi última visita, la desolación fue total. Estaban destrozando Santa Eulalia de Abamia. Insisto: destrozándola.

En aras de un desafortunado criterio historicista, enfoscan con mortero de color amarillo, como si se tratase de una casa de vecinos, toda la mampostería e incluso las piedras sillares de los contrafuertes; clavan unas bajantes de metal a ambos lados de la portada (¿esto también debe ser como estaba hace siglos, no?) y, para colmo, rodean la iglesia con bolas y dados, de piedra artificial blanca, que nada tienen que ver con el entorno, con los tejos, con el espíritu de aquel rincón maravilloso.

Es de tal calibre la ineptitud de la idea restauradora, que quien la diseña, la contrata y la permite deberían ser objeto de inhabilitación permanente por falta de sentido común, por pretenciosos históricos, por ajenos a la más mínima sensibilidad y por horteras.

No quiero ni pensar qué irán a hacer por dentro, no me dejaron verlo, pero me temo lo peor.

Si alguien duda de lo que estoy diciendo, que visite la página web <http://www.abamia.net/>, allí están las fotos del desaguisado, allí puede verse con estupor lo absurdo de una pretenciosa «restauración» que no es más que un flagrante delito contra el buen gusto, contra los siglos que fueron envejeciendo la piedra, la mampostería y su argamasa, y que hubieran necesitado tan sólo una limpieza, algo de asentamiento y poco más.

Aun considerando que alguna vez la iglesia estuviese en parte cubierta de mortero, el tiempo la llevó al descarnamiento con el que la conocíamos y no es cosa de embadurnarla de enfoscado amarillo chillón y tosco.

También la «Victoria de Samotracia» tuvo cabeza y a nadie se le ocurre reinventarle una de poliéster; también estuvieron coloreados los detalles escultóricos del monasterio de Silos y a nadie se le ha ocurrido volverlos a pintar.

Estos «restauradores» son de la misma especie que los que le cortaron las rodillas a la talla sedente de la Virgen de Atocha para que los ricos devotos pudieran ponerle horrendos y enojados trajes de alcuza, y así presumir ante los vecinos o comprar el cielo. Estos indocumentados serían capaces de recubrir con yeso y resina epoxi las mismísimas pirámides para que se «parecieran» a lo que en su día pudieron ser (por cierto, nadie ha quedado para contárnoslo).

Estamos ante un atentado con antecedentes y, si no se evita, será también un precedente de otros despropósitos de igual catadura.

Puede darse marcha atrás, hay medios técnicos para deshacer lo mal hecho. Debe hacerse.

Invito, desde mi humilde posición de amante foráneo de Abamia, a que se comprueben los inadecuados «arreglos» y a que se escriba y se diga donde sea, hasta que quien pueda paralice este absurdo y haga volver las cosas al cauce que nunca debieron abandonar.

GRACIA TRINIDAD, Enrique, “En defensa de Abamia”, artículo publicado en el diario *La Nueva España*, Oviedo, 4 de diciembre de 2007, año LXXI, núm. 23.341.